



LA DISTANCIA DE DIEZ CENTÍMETROS

Manuel Ángel Padilla Agüera

LA DISTANCIA DE DIEZ CENTÍMETROS



Primera edición: noviembre 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Manuel Ángel Padilla Agüera

ISBN: 978-84-10400-76-4

ISBN digital: 978-84-10400-77-1

Depósito legal: M-24265-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A todos quienes de forma anónima han perecido en búsqueda de la dignidad

En un mapa vio que la distancia entre Burkina Faso y Europa era de unos diez centímetros, no era tan amplia como para no poder hacer realidad sus sueños.

NOVELA BASADA
EN LA VIDA DE ABDOU AZEZU BARA

NOTA DEL AUTOR

En nuestras ciudades se encuentran personas que forman parte de nuestro escenario cotidiano, que nos intentan vender pañuelos en los semáforos, que nos miran con expresión de subordinación. Son seres humanos que forman parte de nuestro paisaje pero a la vez son transparentes a nuestras miradas, ocupan un lugar secundario en nuestra comunidad, ellos deben aceptar su función, su realidad de pobres que han venido desde no se sabe dónde ni sabemos muy bien cómo. En nuestra sociedad, prácticamente mono racial, ellos ponen el color diferente pero ni eso los hace visibles.

Este libro tiene como objetivo el reconocimiento de todas las personas especiales, capaces de rebelarse contra los imponderables que condicionan su existencia. Está dedicado a los débiles, de aquí, de allá, a los que siempre luchan de forma denodada e intentan superar todas las cargas, a los que saben que «el éxito no está en vencer siempre, sino en no desanimarse nunca», como dijo Napoleón Bonaparte.

A cuantos piensan y creen en los demás al margen de la condición económica, social, sexual, cultural, religiosa o racial. A las personas que cada día luchan por hacer de este mundo un lugar mejor, digno de orgullo, más humano. A quienes piensan que deben entregar un mundo más justo y habitable a las generaciones que vienen, a los herederos de nuestros actos.

Fin en Sevilla entre el 14 y el 15 de diciembre de 2020.

CAPÍTULO 1

La jornada laboral había finalizado, la luz solar había abandonado aquella dura tierra, caminaba a su casa como cada día, cansado, pensativo, pronto tendría otro hijo más. Su primera esposa esperaba en el hogar familiar el feliz acontecimiento, ya sufría los dolores de rigor, él aún no lo sabía. Al llegar a la choza, un gran nerviosismo lo invadió. No era su primer hijo pero no se había habituado, sentía la misma presión que en las ocasiones anteriores. Un movimiento incesante de mujeres hacía presagiar que la llegada sería inmediata. Él se apartó y pidió a Dios que todo fuera bien, que protegiese la salud de su esposa y de su nuevo vástago.

La noche en que nació, las estrellas iluminaban el cielo del poblado, era un niño más que alumbraba una madre en aquel recóndito lugar de África, simplemente otra criatura que llegaba a esa dura y exigente realidad que lo pondría a prueba para alcanzar la subsistencia en las condiciones materiales más precarias que cualquiera pudiera imaginar.

Para la partera era otro niño que ayudaba a nacer, que ayudaba a llegar a un mundo muy difícil, cargado de sufrimientos. Tras culminar su trabajo anunció a todos que la madre y el recién nacido estaban bien de salud, sin ninguna dificultad aparente.

Su visión pesimista de la realidad que esperaba al crío no enturbiaba su satisfacción por un trabajo que valoraba como el más importante de cuantos conocía.

La choza en que nació el pequeño era el hogar de la familia que, como todas las del poblado, carecía de agua corriente y energía eléctrica. En aquel año 1982 las condiciones vitales de las personas que habitaban ese rincón del mundo estaban colmadas de precariedad y necesidades materiales pero sentían gran apoyo de los demás, de quienes allí se encontraban, un soporte tan sublime que alcanzaba a amilantar estas dificultades. Dificultades que ellos no entendían como tales, formaban parte de su realidad, de sus vidas, desde siempre.

El padre del niño que acababa de nacer, llamó a su hijo Abdoulaziz Azezu, aunque familiarmente sería conocido como Abdou y sintió una felicidad excepcional, similar a la que había tenido con la llegada de sus anteriores hijos. Su madre, primera esposa del feliz padre, se estimaba el ser más importante por haber parido y así cumplido con su deber de traer al mundo a un nuevo crío, sano y fuerte.

La inmensa bóveda celestial que envolvía el poblado aquella noche del alumbramiento estaba pletórica de soles que creaban un entorno bucólico, una lluvia de estrellas fugaces alimentó la imaginación de hasta quienes estaban habituados a aquel escenario. Parecía celebrarse la llegada de aquel pequeño que vino a la vida con el fin de aportar alegría a todo su entorno, de contribuir a la subsistencia de quienes vivían en condiciones próximas a la miseria material, de su familia, era su obligación, como lo había sido de sus padres, de sus abuelos, desde siempre, formaba parte de la cultura arraigada, ancestral, de las personas que habitaban aquel rincón de la Tierra.

Aquel buen hombre, enjuto, con una mirada rigurosa que le aportaba carácter y seguridad, con rictus permanentemente serio, pensativo, cargado de responsabilidad, con la imagen de su nuevo vástago en su mente volvió al campo, a su trabajo, al día siguiente del alumbramiento, no podía esperar, debía entregarse a sus obligaciones sin demora, las necesidades eran muchas y el tiempo pasaba

rápido, no había oportunidad para el asueto, ahora había una boca más para alimentar y debía responder a las exigencias familiares. La temporada de lluvia iba a finalizar y había que recoger la cosecha. Las necesidades vitales no entienden de nacimientos ni de otros acontecimientos por mucha felicidad que aporten a las personas.

Antes había dado gracias a Dios por tener la fortuna de contar con otro hijo, por la oportunidad de enseñar al nuevo miembro de la familia los designios encomendados, por poder hacer de él una persona con los valores y creencias que habían anidado en su mente desde su nacimiento, que formaban parte de la idiosincrasia de su familia desde tiempo inmemorial.

El pequeño Abdou iba a quedar a resguardo, protegido por sus madres, las tres mujeres del padre que actuaban al unísono, todas entendían a cualquier hijo de ellas como hijo de las tres, como hijo propio. Abdou iba a percibir, como sus hermanos, el amor de madre multiplicado por tres, era una fortuna indescriptible, un rayo de luz magnífico, de felicidad que solo quienes tienen la bendición de disfrutar de ese privilegio pueden llegar a entender y él lo gozó desde su nacimiento.

Su madre biológica no iba a asumir ningún protagonismo especial en el cuidado del pequeño, de hecho las dificultades fisiológicas producto del parto menguaron temporalmente sus facultades, las otras dos mujeres, compañeras, amigas, hermanas, se iban a ocupar de muy buen grado de cuidar y proteger al pequeño Abdou. La bondad, solidaridad y empatía de aquellas señoras estaba fuera de toda duda, era una realidad consustancial a ellas mismas, a su forma de entender la vida, a la educación recibida, a los conceptos religiosos que dominaban el comportamiento y hasta la voluntad de las personas, donde se siguen los preceptos marcados como elementos básicos de una existencia cuyo primer objetivo es satisfacer en la Tierra las premisas exigidas para alcanzar la verdadera liberación una vez superada la fase terrenal.

En Béguédo, pueblo del Departamento de Sampema, la familia de Abdou era muy conocida y estimada, el apoyo entre sus miembros y el resto de la comunidad era bien valorado, constituía un elemento que formaba parte de la vida de aquella familia, como del resto de los ciudadanos del poblado.

Todos tenían similar origen, todos compartían el presente y todos sabían que tendrían el mismo futuro, la capacidad de modificación de los acontecimientos era bastante complicada en Béguédo y en toda Burkina Faso. Parecía que todo estaba escrito, todo predefinido, las posibilidades de alterar los designios establecidos eran nulas, la existencia en aquel recóndito lugar de África pasaba plena de sacrificios para sus habitantes cuya única opción era aceptar la realidad, la inalterable realidad, o huir.

Tras la no lejana independencia de la potencia colonial en 1960, Francia, el pueblo burkinés había decidido emprender su futuro sin la tutela del país europeo que había intentado dejar profundas señas de identidad en aquellas gentes pero que no supo ni pudo romper las huellas que dejan las raíces, la historia y la idiosincrasia en los pueblos y las personas de recia raigambre.

El país colonizador desde 1888, tres años después de que en la Conferencia de Berlín auspiciada por von Bismarck las potencias europeas decidieran que todo el continente negro era suyo por lo que lo invadieron y se apropiaron de África como lobos. Francia había manejado los designios de aquella tierra durante más de 70 años ocupada por personas orgullosas e íntegras a través de gobiernos títeres que, controlados desde la metrópolis, habían actuado al son que les marcaba y siempre velando por los intereses de esta. El Estado europeo había respetado las instituciones sociales que encontró a su llegada por ser un instrumento útil para dominar a la población autóctona.

Los dirigentes eran despreciados por su pueblo, caudillos que condenaban a sus ciudadanos a la miseria más profunda, en tanto ellos vivían en un mundo de abundancia sin límite.

Gobernantes déspotas, alejados y desinteresados por la realidad de sus súbditos, inmersos en su cúpula protectora. Administradores de lo público que únicamente respetaban sus propios intereses y los que tenía la potencia colonizadora que exigía cuanto precisaba a estas marionetas cuyo objetivo primordial era satisfacer la voluntad de la metrópolis que los sostenía.

Los antepasados de Abdou, como casi como todos los del poblado, habían debido emigrar desde el interior del país para huir de la ferocidad fiscal del gobierno burkinés, aún en pleno colonialismo, tuvieron que refugiarse en unas tierras lejanas hasta entonces estériles en las que trabajaron con dureza para conseguir hacerlas fértiles y que los proveyese de los recursos necesarios con que alimentar a sus familias.

Tierras que eran un verdadero secarral polvoriento, siempre a la espera de la época de lluvias en las que se convertían en un verdadero oasis, momento en que de ellas nacía la vida en su esplendor, la vida que provocaba la felicidad de las personas que lograban los recursos necesarios para satisfacer su subsistencia.

Aquellos aldeanos se habían esforzado hasta el límite de sus posibilidades para hacer productiva esa difícil zona que se encontraba en Béguédo, pueblo del Departamento de Sampema, a orillas del río Volta Blanco. Allí habían encontrado su hogar, tiempo atrás, los antepasados de los habitantes del poblado y de todos los poblados cercanos.

El lugar, por su proximidad a Ghana y Togo y sobre todo por la lejanía de la capital, les confería mayor discreción y libertad para alcanzar un medio de vida digno, sin sentir tan de cerca la persecución fiscal del Estado que, al estilo medieval, exigía a sus ciudadanos mucho más de lo que podían aportar, todo para garantizarse los gobernantes un estilo de vida pleno de abundancia.

Los colonos que habían huido de la presión del poder extorsionador asumieron la responsabilidad de aquellas complicadas tierras y dejaron su salud e incluso sus vidas por hacerlas productivas, por

obtener de ellas los frutos que cubriesen sus necesidades. Sabían que con el tiempo las mismas pasarían a su propiedad aunque no ostentasen ningún título para disponer de ellas, pero lo importante no eran los formalismos jurídicos, sino alcanzar un medio de vida digno con el que sostener a la familia, aun en condiciones precarias. El esfuerzo no era lo peor, no había ningún inconveniente por el duro trabajo, lo básico era conseguir la paz y estabilidad para subsistir, para tener un medio de vida que los alimentase cada día. Sin más pretensiones. Lejos de la presión de quienes se aprovechaban de su poder para mancillar a los débiles y enriquecerse sin importarles ninguna otra cuestión.

El poblado donde nació y se iba a criar el pequeño Abdou, recibía el nombre de Béguédo y formaba parte del Departamento de Sampema. La denominación era una reminiscencia de su lugar de origen, del sitio donde estaban asentados antes de comenzar su éxodo generaciones atrás. La aldea tenía unos 2.500 habitantes que vivían de la ganadería y agricultura aunque en épocas de sequía, cuando la actividad agrícola se paralizaba, los ciudadanos se dedicaban al comercio ambulante. La venta de productos agrícolas por toda la región se convertía en la actividad común de los miembros de aquella población, transitaban por la región con cuantos frutos pudieran comercializar, cargaban con ellos como hormigas que buscan el sustento en época estival para protegerse durante el resto del año. Su actitud seria, responsable, rigurosa, constante e infatigable, les permitía guardar los recursos necesarios para subsistir durante la época de sequía.

Las viviendas que habitaban eran chozas, casas de ladrillo cubiertas por un toldo o por paja, distribuidas en habitaciones. Los burkineses conocían perfectamente el lugar, la forma y la orientación que habían de dar a las edificaciones para garantizar la seguridad sobre todo, ante la época de lluvias cuya virulencia era bien conocida. Ellos buscaban y alcanzaban la seguridad de los suyos, el concepto del hogar en su máxima expresión, al margen de los escasos y básicos recursos materiales con que estaban construidas, su magnífico aprovechamiento les garantizaba tranquilidad que era

el objetivo primordial de aquellas viviendas, de aquellas humildes moradas que debían aportar la paz y la calma necesarias a las personas que las habitaban.

La choza donde vivía la familia de Abdou era de forma cuadrada con un techo de toldo y estaba dividida en cuatro habitaciones, cada una de las tres mujeres de su padre tenía la suya, era su espacio, el lugar privativo que solo compartían con su esposo cuando él lo estimaba y con sus hijos pequeños. La cuarta habitación correspondía a los hijos algo mayores de cualquiera de las tres esposas. La cocina conformaba un pequeño espacio donde se esmeraban en preparar los mejores alimentos con una gran carencia de recursos, esta se encontraba dentro del recinto principal, en la sala de estar. El aseo se situaba en un habitáculo contiguo a la vivienda, fuera de ella, de uso exclusivo de la familia.

No había mucho espacio ni era necesario, los elementos personales eran escasos, solo lo imprescindible, la austeridad de sus vidas se manifestaba con evidencia en los pocos recursos personales que disponían, su escueto ajuar se ajustaba perfectamente a sus exiguas necesidades sociales.

El poblado estaba regido por una figura ancestral, a la manera de rey, que lideraba y decidía en todos los aspectos sociales de aquel lugar. Ante cualquier conflicto él tenía la autoridad para imponer la resolución del mismo como juez absoluto de cuantas controversias pudieran plantearse, todos lo aceptaban por formar parte de su idiosincrasia, de su cultura, desde tiempos remotos.

El cargo de gobernante del poblado era hereditario, pasaba de padres a hijos y confería a los sucesores los mismos derechos que habían tenido sus antecesores al estilo de una auténtica monarquía de menor dimensión a las que habitualmente se conocen aunque mucho más cercana a los administrados. Tenía la facultad como líder absoluto del poblado de apropiarse de los bienes, si era su decisión, de cualquier ciudadano por derecho consuetudinario de raíces inmemorial, desarrollaba todos los poderes y actuaba como en la Europa medieval.

La función del gobernante del poblado se constreñía a eso, a decidir sobre los asuntos que afectasen a sus súbditos sin necesidad de ninguna otra actividad profesional, sin trabajar, pues vivía de los impuestos que aportaban los ciudadanos, impuestos de menor cuantía a los que imponía el Gobierno del país.

En aquella sociedad había una estructura profundamente jerarquizada donde los líderes de los poblados en Burkina Faso solo reportaban a la Administración central del país quien, a su vez, se debía a la potencia colonial hasta la independencia en 1960, a partir de esta eran ellos mismos quienes, al menos de manera formal, manejaban los designios, en todos los aspectos, de los ciudadanos y sus bienes.

La complejidad de las comunicaciones entre los habitantes del país se amilanaba con el idioma francés como lengua vehicular y oficial común de facto de todos los ciudadanos pues en Burkina Faso, en su no excesivamente grande territorio de 275.000 kilómetros cuadrados, se hablan más de 60 idiomas distintos, prácticamente cada zona, cada tribu, tiene su propia lengua y estas carecen de gramática, no se escriben, solo se transmiten entre generaciones, de padres a hijos, de manera informal, con un origen ancestral, por lo que era el idioma europeo el común denominador de las comunicaciones, idioma que se aprendía en las calles, en las escuelas, en cualquier parte.

La función de la mujer se constreñía a cuidar del hogar y la familia como ama de casa y, según sus posibilidades, a ayudar en las tareas agrícolas aunque su principal misión era traer hijos al mundo con los que perpetuar la estirpe y mantener el equilibrio del grupo, núcleo fundamental de la organización social. La familia era la entidad nuclear de la vida, elemento regulador y básico de la sociedad para la organización y desarrollo del país. Las estructuras sociales no tenían importancia, todo se centraba en ella, en la casta, desde tiempos ancestrales, desde que se tenía memoria, mucho antes de que las personas creasen instituciones con las que controlar al

pueblo. Mucho antes de que existiese el Estado como elemento de organización social.

La religión musulmana, imperante en el país, condicionaba el funcionamiento de este, se permitía la poliginia, realidad que era asumida por todos, ello también incidía en el papel secundario de la mujer en la sociedad en general que, debido a la educación recibida, a su cultura ancestral, veía con buenos ojos su posición, era una realidad asumida, insoslayable.

En esa estructura social y familiar llegó al mundo Abdou, realidad que lo condicionó, como a casi todos, y despertó en él, con el paso del tiempo, un nivel de criticidad importante.

La incesante pauta de vida del poblado era una constante, cada día se repetía, todas las jornadas eran iguales, siempre sucedía lo mismo, apenas había elementos que provocasen una modificación en la actividad de las personas, todo transcurría igual que el día anterior, la inmodificable realidad subsumía a los ciudadanos en una simple repetición de acontecimientos que los llevaba por un camino frustrante, sin ilusión, sin contenido, sin futuro.

CAPÍTULO 2

La vida en el poblado transcurría lentamente, los días pasaban impasibles, el pequeño crecía en aquel lugar donde los habitantes entendían la convivencia como un acto de solidaridad, donde se compartía todo, lo bueno y lo malo, la dicha y la desdicha.

El padre de Abdou mantenía su rutina laboral, en los meses de lluvia, de mayo a octubre, cultivaba los campos destinados, sobre todo, al arroz, al maíz y a los cacahuets.

Con la ayuda de sus hijos mayores se conseguían buenas cosechas que permitían la subsistencia de la familia, el remanente de dicha producción, destinada primordialmente al autoconsumo, se llevaba a la venta ambulante también con la ayuda de los hijos. El trueque era el sistema mercantil habitual entre las personas que habitaban la región, prácticamente no había dinero, y era esta la forma de gestionar las relaciones comerciales.

El tiempo de sequía era duro y largo, de noviembre a abril. Subsistir era complicado, las altas temperaturas así como el alto nivel de humedad hacían difícil la vida en la zona. La falta de cosecha y las inclemencias meteorológicas dificultaban la existencia en un suelo desagradecido. La tierra yerma, en esa época, provocaba la incertidumbre de sus habitantes que debían sustentarse con las reservas almacenadas y con los productos provenientes del trueque.

La mayoría de las familias del poblado mantenían la misma rutina tanto en la etapa de lluvias como en la de sequía. Todos se sentían autores del milagro conseguido en aquella región merced al sacrificio que debieron desarrollar sus padres y abuelos desde su

entrada en Béguédo, fue un duro éxodo improvisado hasta llegar a aquel lugar que tuvo como premio poder explotar el campo que sería el sustento de todos, tierras que sentían como propias sin serlo.

La Luna regía el ritmo de la vida en el poblado, merced al conocimiento de los movimientos del planeta Tierra y sus consecuencias. Nuestro satélite natural marcaba la dinámica de las cosechas, de todo, con rigor, su calendario se trasladaba desde tiempo inmemorial, de padres a hijos, de generación en generación. No solo era capaz de controlar las mareas, algo sin relevancia para ellos por su lejanía del mar, sino que también tenía la facultad de planificar la vida de los burkineses que hallaban en la Luna una referencia básica para la organización de su existencia, además de regalarles unas noches maravillosas en las que predominaban los sueños y la facultad de viajar por el horizonte transportados por un cielo cuya relevancia correspondía a la Luna que asumía la posición de eje de cuanto sucedía en el espacio, capaz de transportar la imaginación de quienes sucumbían a sus encantos al lugar donde su fantasía pudiera alcanzar.

Los mayores se regocijaban en esas noches plenas de luz fuera de sus hogares, dispuestos para disfrutar de cualquier conversación que sirviera de excusa para contemplar lo que la naturaleza ponía a su alcance en aquel maravilloso y ensoñador cielo. El entorno idílico les permitía desprenderse de cuantas cargas materiales padecían en sus cotidianas vidas, de las carencias que sufrían permanentemente.

El agua se protegía como un bien de inestimable valor dado su escasez a lo largo de una parte importante del año y la falta de grandes infraestructuras para almacenarla, su uso se controlaba rigurosamente y las familias disponían con verdadera austeridad del preciado y escaso bien. En cada poblado se preparaban pozos de bastante profundidad de donde, habitualmente, las mujeres sa-

caban el fluido elemento justo para sus necesidades y lo portaban a sus viviendas tanto para uso familiar como para los animales domésticos.

Los pequeños como Abdou ayudaban en el quehacer familiar, acompañaban y, en la medida de sus posibilidades, transportaban el agua. Ellos adquirirían un grado de madurez insospechado en el mundo occidental, la responsabilidad les llegaba prácticamente con los dientes y la asumían como un elemento más de sus vidas. Eran niños que superaban su infancia a gran velocidad, sin poder regocijarse en las bondades que la misma aporta. Las obligaciones y también el compromiso con los suyos los hacía madurar a edad temprana.

Las chozas eran el espacio vital de las familias, el lugar donde se sentían seguras, con un grado de intimidad condicionado por la estructura familiar, por la poliginia, la mujer siempre obediente sabía que su función estaba subyugada a los designios del hombre de la casa, del marido, y no veía en ello una actitud humillante, sino una parte de sus obligaciones para los suyos y para la sociedad. En general, las mujeres de las aldeas, al menos de manera expresa, no llegaban a tener ningún elemento de criticidad en sus vidas, esta era simplemente así, como había sido siempre, sin opciones a liberalidades, la mentalidad patriarcal predominaba de una manera contundente.

En cambio, en las zonas urbanas de Burkina Faso la mujer reivindicaba sus derechos y luchaba por participar en actividades, en principio, reconocidas exclusivamente al hombre. Ellas reclamaban una posición más relevante en la sociedad, de más contenido, compartían los criterios que empezaban a dominar en gran parte de África aunque la resistencia del grupo dominante, del hombre, suponía un lastre, una dificultad permanente a la lucha por la igualdad que pretendían, dificultad que también tenía raíces intrínsecas en su mentalidad, en su educación, en su cultura. El objetivo de igualdad comenzaba a resplandecer en la mente de quienes se sentían en una posición de debilidad, de quienes llevaban siglos

sufriendo la irrelevancia social, la marginación por razón de sexo, la humillación permanente.

El padre de Abdou tenía tres esposas, como otros en el poblado, la poliginia estaba consentida por contar con el aval de la religión musulmana, además de ser un hecho cultural expandido en la zona y aplicado por personas de otras creencias. Él se cuidaba de no mostrar ningún tipo de preferencia entre sus mujeres pues entendía que esto podía ser un elemento de discordancia familiar, ellas tenían perfectamente asumido su rol, todo estaba adecuadamente estructurado, difícil de entender en el mundo occidental pero completamente organizado en esa sociedad de fuertes y profundas raíces.

En tanto que en el mundo occidental la función de los miembros de la familia es más difusa pero también más solidaria, todos participan de todo, el cuidado de los hijos, el mantenimiento del hogar, la actividad laboral, en el mundo que iba a conocer Abdou, en el ámbito rural de Burkina Faso, todo estaba perfectamente planificado, cada cual conocía su función, todo estaba condicionado por el sexo. Cada uno tenía sus actividades sociales y familiares completamente asumidas, sin debate. Por lo que esta sociedad desaprovechaba las capacidades de las personas en las tareas para las que estaban más adecuadas, pues todo se subyugaba al género, como elemento determinante.

El pequeño Abdou se sentía feliz, sus madres y hermanos lo protegían como eran los designios de su padre, no había dudas, todos debían cuidarse y así lo hacían, como estaba establecido. Los Bara formaban una familia de profunda raigambre en la zona, en la tierra donde se habían desarrollado como casta desde mucho tiempo atrás, sus antepasados habían vivido en aquel lugar antes de la llegada de los europeos y de la creación del país. Ellos eran de allí, de la tierra, desde siempre, cuando no había fronteras, cuando las personas se movían sin límites ni controles, sin funcionarios ni políticos, sin república ni reyes, solo ellos, gobernados por los mandatos de sus creencias, con el mayor respeto a la Tierra, madre de la vida, y que como tal ha de ser tratada.

El origen tribal de los Bara, como el de sus semejantes, les provocaba una absoluta incomprensión de las estructuras sociales y administrativas que los occidentales habían implantado en su país, unas estructuras para ellos innecesarias, que los ahogaba y expoliaba de una manera evidente, pues a la incomprensión del sistema había que incluir la corrupción del mismo que, sin reparo, mantenía a su pueblo en la más profunda penuria.

Por ello, el éxodo que habían realizado sus antepasados años atrás para huir del gobierno extorsionador fue la mejor opción. Para la mayoría de los burkineses los problemas se afrontan desde unos principios básicos y humanos aprendidos tanto en las enseñanzas religiosas como en la disciplina familiar, cultura que se sustentaba en la idiosincrasia de un pueblo pacífico y fuerte que no necesitaba la violencia para mostrar sus capacidades.

Abdou iba a recibir un intenso aprendizaje desde la infancia, para su familia la asistencia al colegio no tenía tanta importancia como lo que podía y debía aprender en su seno.

Desde pequeños, los niños del poblado aprendían a convivir, a relacionarse, a compartir juegos, a compartir todo. No había distinción de clases sociales, todos eran iguales, todos vivían en las mismas condiciones, todos tenían los mismos o similares recursos, no había cabida para los celos, ni para la envidia. Aunque las carencias materiales estaban a flor de piel, lo importante era la riqueza personal, las familias se esforzaban por cultivarla con gran ímpetu.

Los niños no ambicionaban lo que desconocían, lo que no tenían, disfrutaban de lo que ostentaban, se expandían en los valores que percibían sin mostrar la más mínima apetencia por nada que no fuese suyo. Todos vivían con lo que había y eran felices pero fueron los occidentales quienes inculcaron directa o indirectamente la ambición por lo material, por lo desconocido, por todo aquello de lo que se carecía. Fueron quienes pusieron el más profundo énfasis en la consecución de objetivos, en la mayoría de los casos, innecesarios. Los occidentales buscaban mercado, acólitos, seguidores del dios que ellos representaban y que a través del incremento de adeptos de-

bía mejorar su nivel de riqueza, su cuenta de explotación. La visión mercantil de la vida chocaba de manera ineludible con los conceptos más básicos de una sociedad tribal que basaba sus actuaciones en lo transmitido generación tras generación, de padres a hijos. Cuya principal premisa era la subsistencia, el respeto a los mayores y a sus enseñanzas, a la sabiduría que emanaba de la experiencia y la responsabilidad que ellos ostentaban y que todos reconocían.

Esa sociedad en la que se iba a criar Abdou desde hacía años estaba tomada por las ansias expansionistas del mundo occidental que mostraba sus placeres para atraerlos a su dinámica, a sus valores y que había socavado los principios ancestrales que los había guiado desde que se tenía memoria.

Una sociedad occidental insaciable que, desde sus bases mercantilistas, intentaba destruir todo aquello que no aportaba beneficios económicos, que buscaba que las personas que habitaban las zonas colonizadas sucumbieran hacia la atracción de lo que representaban, de la vida vacía cuyo único objetivo era el logro de bienes materiales, en muchas ocasiones, superfluos.

Sociedad occidental que se apropiaba de los recursos naturales de las colonias y les dejaba la miseria y la ambición por su estilo de vida a los colonizados para, posteriormente, negarles el derecho a acceder al mismo, el derecho a vivir en cualquier lugar de la Tierra, en sus países, en la supuesta sociedad civilizada, como propietaria del destino de todas las personas mientras ellos, los occidentales, disfrutaban del libre movimiento por el mundo, sin límite, sin control, llenos de la prepotencia que la riqueza aporta. Una sociedad egoísta que se arroga en el derecho de decidir dónde debe estar, dónde ha de vivir cada persona, tras mostrar su estilo de vida y provocar la inquietud por el disfrute del mismo a los ciudadanos de los países colonizados, de los países pobres.

Sociedad occidental que causa los problemas, que provoca la miseria, las guerras e incluso las enfermedades y que deja abandonados y sin futuro a sus propias víctimas a quienes niegan cualquier alternativa.